

POEMAS de

José Carner

EL FAROL Y EL NIÑO

SE enciende al atardecer,
cuando mueren unas llamas;
su color es de diamante.

Cuando dejamos a gritos
la escuela, gentil se ve;
parece, en escaparate,
una lágrima de luz.

Cuando ya sé mi lección,
él sabe espantar el miedo
con sábana de claror.

De las nieblas al vagar,
ya se oculta, ya se asoma;
cuando llueve a más llover
tiene en el suelo un espejo.

Y, cuando en mi cama estoy,
lo va achicando, achicando
el gran pozo de la noche.

PRIMER PLENILUNIO DE INVIERNO

DE vuelta de ilusiones y ficciones,
encarezco en mi noche tu llegada,
¡oh medalla feliz, oh plenilunio
que brillas sobre la primera helada!

Eres puro, sin cebos de aventura:
descarta a niebla y nube tu presencia
y nos dejas caer desde lo alto
evidencia, evidencia y evidencia.

Ya tu radiante sagitario, el frío,
hiere con perlas el herbaje en calma;
del fluír de un azarbe solitario
va a apoderarse cenicienta garra.

Y se diría que una vida empieza
libre del paso y de la voz traidora,
con sonos naufragados en silencios
de un mundo de cristal que nos ignora.

OTOÑO

EL árbol más gentil de cada primavera
que besa en su vaivén la frente al pensativo,
el sauce de mil plumas, ya desliza
finas lágrimas blancas en el río.

Todo acaba: las trepas por el monte
y el amor que cantaba y que gemía.
Se asoman hinchazones de una nube
al valle que dormita.

Y cuatro avispas yacen
en la menguada miel de la vasija.

A LA PEQUEÑEZ

¡OH Pequeñez, que sólo te consuelas
dando saltillos en tu ruedo!
Madrugas afanosa a tus nonadas:
con tus caseros vahos marchitas las auroras.

No te arrojas a lances; sentirías
dejar la vera de tus límites ajados;
virtudes sin amor son tus sirvientas
en la calleja que se ahorra el cielo.

Yo ví cómo una hojilla
de brezo sopesabas.
—¿Sería una ganancia? ¿una defensa?—
decías, agachada, con un guiño.

Picada por extrañas comezones
¿qué dudas y qué temes?
El ángel vuela y no aterriza nunca;
si tal vez te acechó, no supo hollarte.

SI HE DE VOLVER A VERTI...

SI he de volver a verte, oh mi lugar,
mi fe primera,
que ello sea en otoño y cuando ya
acudan las estrellas
y, convertido en sombra, el labrador
haya dejado el suelo
surcado hasta el confín
de versos paralelos.

Y, en la caricia del anochecer,
que alguna voz muy pura
deje oír la canción
que por primera vez meció mi cuna,
antes que sin juntura ni final,
indiferente,
la misma noche de que yo salí
mis párpados anegue.

INDICIOS

EL sol quisiera medrar,
él, que era vago rescoldo.

Se despereza un insecto,
brilla un granito de polvo.

Ya la helada se derrite
sobre el grumo, ayer esclavo.

Y entre viejas cicatrices
de un gran árbol despojado,

laten codos, laten nudos
con fuerte fe del verano.

